

SUDÁN: DESOLACIÓN, CATÁSTROFE HUMANITARIA Y OLVIDO EN EL ORIENTE AFRICANO

Desde de abril de 2023 el país sufre una guerra civil con miles de muertos y desplazados, mientras la comunidad internacional intenta encontrar un difícil alto el fuego



Fred Noy/ONU

Una joven sudanesa se refresca en una fuente en la localidad de Omer El-Mukart, cerca de Jartum, donde se ha habilitado un colegio para refugiados.

La lucha por el poder entre el Ejército de Sudán y las paramilitares Fuerzas de Apoyo Rápido ha hundido al país en un escenario de muerte y desolación, que ha provocado una profunda crisis humanitaria. Por el momento, todas las iniciativas de paz han fracasado, mientras que los intereses enfrentados de actores externos siguen alentando los enfrentamientos. El 1 de enero de 1956, por acuerdo entre Reino Unido y Egipto, Sudán se convirtió en un estado independiente y soberano. Desde entonces, la historia de este gigante africano ha sido una sucesión de asonadas militares y gobiernos dictatoriales, en medio de un escenario de guerra casi permanente. A principio de este siglo, bajo el poder absoluto del presidente Al Bashir desde 1989, la violencia se extendía por todo el territorio sudanés: revueltas armadas en los estados de Port Sudán y Kordofán; grupos rebeldes secesionistas en la región meridional que, tras cinco décadas y dos millones de muertos, sellaron la independencia de Sudán del Sur en 2011; y en 2003, los sanguinarios *janjaweed* («jinetes a caballo»), organizados por el propio Al Bashir, perpetraban un cruento genocidio en la región de Darfur, como sentenció la Corte Penal Internacional en 2010.

En abril de 2019, cuando nada hacía presagiar un futuro pacífico y prometedor para Sudán, el derrocamiento y encarcelamiento de Al Bashir dio un giro sorpresivo al devenir nacional. Siete meses antes, la ciudad de Atbara se convirtió en el epicentro de una revuelta social pacífica que, en apenas unos días, se extendió por todo el país. Bajo el lema «libertad, paz y justicia», la Asociación de Profesionales Sudanese consiguió aunar las ansias de cambio de toda la población sudanesa, a pesar de la cruenta represión del poderoso y omnipresente poder militar.

Tras apartar al dictador con el beneplácito del Ejército, se acordó entonces un gobierno cívico-militar que debía instaurar, después de un período de transición, un régimen democrático en Sudán. Aunque el camino estuvo lleno de obstáculos, los líderes civiles afrontaron la necesaria reforma de las instituciones de seguridad frente a la reticencia de los militares, que se oponían sistemáticamente a cualquier cambio importante de las instituciones estatales. Con todo, la cohabitación —bajo el formato de Consejo Soberano de Transición, y con Abdalla Hamdok como primer ministro— se hacía insostenible, y la primera señal de



La capital del país, Jartum, llena de humo tras los enfrentamientos del pasado mes de abril que iniciaron la guerra entre el Ejército de Sudán y las paramilitares Fuerzas de Apoyo Rápido.

alarma llegó en septiembre de 2021, cuando se produjo un intento fallido de golpe de Estado, del que se acusó a los partidarios de Al Bashir.

Un mes más tarde, el 25 de octubre, la esperanza de paz y buen gobierno de los sudaneses se cercenó abrupta y definitivamente tras la segunda, y esta vez exitosa, asonada militar. En esta ocasión, el golpe de Estado estuvo dirigido por los dos generales más poderosos de Sudán: Al Burhan, presidente del Consejo Soberano (a la sazón, máxima autoridad nacional) y jefe supremo del Ejército de Sudán, y Mohamed Hamdan Dagalo, alias Hemedti, comandante de las paramilitares Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF, por sus siglas en inglés) y vicepresidente del gobierno de Sudán. Tras la detención del primer ministro Hamdok, junto con varios ministros y líderes de la Asociación de Profesionales

La guerra civil que desangra el país tiene pocas expectativas de finalizar en un acuerdo de paz

Sudaneses, Al Burhan declaró el estado de emergencia y clausuró la transición democrática. Sin embargo, las exigencias de gran parte de la comunidad internacional —especialmente, de la Liga Árabe y la Unión Africana— lograron el regreso de Hamdok a su cargo; aunque, tras constatar su irrelevancia en el nuevo gobierno nacional, dimitió de forma definitiva en enero de 2022.

Por entonces, y ya sin la presencia de civiles en el gobierno de Sudán, Al Burhan y Hemedti —dos generales que habían sido encumbrados al máximo rango militar por Al Bashir como premio a su inquebrantable lealtad— se instituyeron como las máximas autoridades del país, frente al rechazo masivo de la sociedad civil. Con mucha resignación, la comunidad africana e internacional tuvo que aceptar el compromiso de ambos de mantener el proceso de transición hasta celebrar unas elecciones en abril de 2023, que fueron sistemáticamente aplazadas; y también de abordar la unificación del Ejército de Sudán y las RSF en una sola institución nacional. Sin embargo, su eterna rivalidad, sus ansias desmedidas de poder y sus discrepancias sobre la configuración política del estado sudanés hicieron inviable cualquier acuerdo de gobierno, al tiempo que reforzaban sus alianzas externas para buscar apoyo a sus respectivas causas. En este escenario de confrontación, el fracaso de la reunificación militar se convirtió en un pretexto para el conflicto y,



Albert González/ONU

Mujeres y niños en el campo de desplazados internos de *Abu Shouk Women Center*, ubicado al norte de Darfur y supervisado por las Naciones Unidas.

con ello, se evidenció que la única pretensión de los dos generales era preservar su poder y el control sobre los ingentes recursos y la inmensa riqueza natural del país.

Y ESTALLÓ LA GUERRA

El 15 de abril de 2023, en la capital, Jartum, estalló finalmente el conflicto entre el Ejército de Sudán y las paramilitares Fuerzas de Apoyo Rápido. En pocos días, la guerra se extendió por gran parte del país, con la población sudanesa atrapada e indefensa entre el fuego cruzado de los bandos militares. Pronto, el conflicto se propagó hacia los estados de Gezira y Kordofán —donde se ubican las principales explotaciones petroleras— y también llegó a la castigada región darfurí, cubierta de minas de oro, mayoritariamente controladas por Hemedti, un personaje denostado por ser el líder que planeó y dirigió la masacre de Darfur en 2003 al frente de las milicias árabes *janjaweed*. Así, el petróleo y el oro se han convertido en el objetivo último del conflicto para ambos contendientes, porque —además de saciar sus intereses personales— su venta (legal e ilegal) en el exterior constituye el oxígeno financiero que alimenta la maquinaria bélica del ejército nacional y también de las RSF.

Después de 20 meses, el conflicto se mantiene en una fase de desgaste, aunque cada vez es más clara la ventaja territorial para las fuerzas paramilitares, que detentan el poder en los estados de Darfur, Kordo-

fán Norte y Sur, además de mantener un asedio constante sobre la capital, Jartum. Ahora, los ataques de ambos bandos se extienden por gran parte del territorio sudanés, lo que ha generado un dramático escenario de violencia y destrucción, mientras los esfuerzos por lograr un alto el fuego siguen siendo baldíos.

Por el momento, ninguna de las facciones armadas —acusadas de crímenes de guerra por distintas organizaciones de derechos humanos— ha conseguido una victoria decisiva. El Ejército de Sudán cuenta con más de 200.000 efectivos y está dotado con carros de combate, artillería de largo alcance y aviones de combate; pero esta notoria superioridad no ha sido suficiente para doblegar a las RSF (entre 100.000 y 150.000 paramilitares): unas fuerzas más ligeras y mejor preparadas para el combate urbano, que están provocando las mayores masacres entre la población sudanesa.

Los principales combates continúan en la región de Darfur, por donde transitan importantes rutas comerciales transfronterizas, así como el contrabando de combustible y armas, especialmente desde Libia y Chad, que está alimentando los enfrentamientos. En este contexto, las RSF emplean su dominio militar para mantener su asedio sobre El Fasher, la capital del estado de Darfur Septentrional. En esta ciudad, los militares regulares de Al Burhan todavía mantienen un cierto control, al tiempo que intentan ganar adeptos entre los antiguos

grupos rebeldes —ahora reunidos, como milicias de defensa, en la Fuerza Conjunta de Protección de Darfur, liderada por el gobernador Minni Minawi— y también entre las etnias afines, a las que proporcionan armas con el objetivo de debilitar a las fuerzas de Hemedti.

Más allá de Darfur, como denuncian numerosas organizaciones internacionales y agencias de cooperación humanitaria, el conflicto ha sembrado de muerte, desolación y angustia todo Sudán, donde ambas facciones han sido acusadas de crímenes de guerra, en especial de bombardeos indiscriminados en zonas habitadas. Naciones Unidas denuncia que el número de fallecimientos supera ya los 20.000, aunque un informe de EEUU eleva esta cifra hasta 150.000. En cualquier caso, es imposible verificar las cifras de muertos en esta guerra, pues resulta inviable llevar a cabo investigaciones sobre el terreno. Además, el colapso del sistema sanitario —el 80 por 100 de los hospitales del país no presta servicio— también ha provocado muchas muertes; cientos de pueblos han sido devastados; la destrucción masiva de las escuelas ha dejado a 20 millones de niños sin acceso a la educación y, según *Human Rights Watch*, las violaciones colectivas y el secuestro de mujeres es constante.

Por otro lado, se incrementa el riesgo inminente de hambruna por la dificultad de entregar ayuda humanitaria: casi la mitad de los 48 millones de habitantes de Sudán padece hambre aguda. El desastre humano es descomunal, pero, con toda seguridad, la catástrofe es aún mayor, pues conocer la realidad de Sudán, gobernado por un férreo y autocrático régimen militar, es una tarea casi imposible: las protestas de la población son sistemáticamente silenciadas, mientras que la libertad de prensa, la posibilidad de contrastar la información o el acceso de las agencias de cooperación humanitaria son cada vez más limitados.

«Todas estas cifras son asombrosas y no podemos darles la espalda», subraya el nuevo jefe humanitario de la ONU, Tom Fletcher, que reclama una acción internacional inmediata para frenar la grave crisis que sufre Sudán, especialmente marcada por la huida masiva de la población de sus hogares. Más de doce millones de personas ha sido obligadas a desplazarse, en condiciones lamentables, a lugares más seguros o a campos de refugiados dentro y fuera del país. «Es la crisis de más rápido crecimiento en el mundo, con una media

de 20.000 desplazados cada día —señala Fletcher— (...) y, sin embargo, el mundo no está respondiendo con la solidaridad y el apoyo que se necesita». Además, a pesar de su gravedad y la brutalidad ejercida contra los civiles, esta guerra se libra fuera del foco mediático y del interés generalizado de la comunidad internacional, lo que dificulta aún más avanzar en su resolución. De hecho, ambos bandos están aprovechando la poca atención que suscita esta contienda para mantener la lucha armada como única forma de resolver sus disputas y, como fin último, hacerse con el poder.

En este conflicto, el posicionamiento internacional se ha convertido en un factor clave y, en ocasiones, está instigando los enfrentamientos entre ambos bandos, así como los brutales ataques contra los civiles. Por otro lado, también será determinante y necesario para alcanzar la paz, que no será posible si no cesan las injerencias externas que solo pretenden salvaguardar sus intereses espurios. Por un lado, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos están enfrentando su rivalidad en Sudán. En 2019, ambos se implicaron en la conformación de un gobierno de transición, pero —tras el golpe de Estado de 2021— se han posicionado, respectivamente, a favor de Al Burhan y Hemedti, no solo con la pretensión de controlar los recursos energéticos de Sudán, sino también para aprovechar su privilegiada posición estratégica en el mar Rojo. Por otro, Egipto —omnipresente en Sudán y siempre renuente ante la transición civil que se instauró en 2019— aboga por liderar las conversaciones de paz, aunque Hemedti ha acusado al presidente Al Sissi de apoyar a Al Burhan con el envío de soldados y aviones de combate, unas acusaciones rechazadas sistemáticamente por el gobierno egipcio.

Asimismo, ambos contendientes tienen fuertes vínculos con Rusia. Durante el conflicto, el grupo ruso de mercenarios *Wagner*, en representación del Kremlin, ha prestado apoyo militar a las RSF de Hemedti, pero también son evidentes sus relaciones con empresas de Al Burhan. Con la intención de mantener este interesado equilibrio, y para salvaguardar su obstinada pretensión de tener una base naval en el mar Rojo; Rusia no dudó, el pasado no-

viembre, en vetar una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, presentada por Reino Unido y Sierra Leona, que pedía un cese inmediato de hostilidades, porque —según el representante ruso Poliansky— esa resolución equivalía a «imponer a los sudaneses una decisión del Consejo (...) Mi país continuará usando el derecho de veto indefectiblemente para evitar estas situaciones a nuestros hermanos africanos».

POCAS ESPERANZAS

Hasta la fecha, todos los esfuerzos regionales e internacionales para facilitar unas conversaciones de paz y establecer un gobierno provisional en Jartum han resultado infructuosos. En África, la Unión Africana —organización garante de implantar «soluciones africanas a problemas africanos»— suspendió la membresía de Sudán



El general Abel-Fattah Al Burham, líder del Ejército de Sudán, saluda a sus partidarios en la zona de Masawi, en una visita el pasado agosto.

tras el golpe de Estado de 2021. Sin embargo, desde el estallido del conflicto, su división interna —marcada por el respaldo de los estados miembros a Al Burhan o a Hemedti— le ha impedido ejercer un liderazgo firme en su resolución. Tampoco los esfuerzos por la paz de la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo (IGAD) —que reúne a los países del Cuerno de África Oriental— han dado resultado; al igual que los sucesivos altos el fuego promovidos por Naciones Unidas, que han sido violados de forma sistemática por las dos facciones en lucha. Por su parte, en mayo de 2023, Arabia Saudí y EEUU lograron reunir en la ciudad saudí de Yeda a delegaciones de ambos contendientes; pero, tras meses de convulsas negociaciones y acuerdos incumplidos, las negociaciones

se suspendieron *sine die*. En 2024, todas las esperanzas se centraron en las conversaciones de Ginebra en agosto, a las que asistieron delegaciones de Naciones Unidas, la Unión Africana, la IGAD, EEUU, Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y Egipto. Sin embargo, solo acudieron representantes de las RSF, pues los líderes del Ejército sudanés se negaron a acudir al no ser reconocidos como la fuerza militar del gobierno legítimo de Sudán. «Aunque estuvimos en constante comunicación de manera virtual, creemos que su decisión de no estar presentes ha limitado nuestra capacidad de lograr avances sustanciales en cuestiones clave, en particular un cese de las hostilidades», señalaron los mediadores internacionales. Finalmente, se alcanzaron acuerdos para facilitar el acceso de la ayuda humanitaria, principalmente a la castigada región de Darfur, que tampoco se materializaron sobre el terreno.

Por último, a principios de diciembre, Egipto anunció su pretensión de acoger una segunda ronda de conversaciones con todas las partes en fechas próximas, a pesar de que las primeras, celebradas el pasado mes de julio esultaron fallidas. El ministro de Asuntos Exteriores egipcio, Badr Abdelatty, resaltó que su país «está dispuesto a hacer cualquier cosa para restaurar la estabilidad en Sudán, detener la guerra y salvar la sangre del pueblo sudanés». Sin duda, solo se alcanzará el cese definitivo de

las hostilidades a través de un diálogo inclusivo e integral. No obstante, para conseguirlo, es urgente incrementar la presión y la atención mediática internacional, así como acabar con las intrusiones externas que están alimentando este olvidado y devastador conflicto. Y tras acordar la paz, que aún se antoja muy lejana, será imprescindible construir un futuro estable y sostenible para Sudán, bajo el liderazgo de un régimen democrático liderado por el sector civil. De lo contrario, tan solo es cuestión de tiempo que la guerra regrese a Sudán; y su población —principal víctima del permanente desgobierno y terror que imperan en el país— volverá a sufrir sus dramáticas consecuencias.

Jesús Díez Alcalde
Coronel del Ejército de Tierra. Analista